

número 23- federación de servicios a las ciudadanía de CCOO

# perspectiva

**CCOO**  
servicios a la ciudadanía

## Sindicato de clase: mundo de la cultura y del trabajo





**Dirección:**

Xavier Navarro

**Consejo de redacción:**

Xavier Navarro, Pepe Gálvez, Gina Argemir, Mertxe Paredes, Joan Coscubiela, Juana Olmeda, Manuel Fernández Albano, Javier Jiménez

**Consejo Asesor:**

Manel García Biel, Javier Doz, Ignacio Muro, Juan Laborda, Bruno Estrada, Joan Herrera, Lluís Camprubí, Maite Ojer, Aritz Cirbián, Jaume Bosch, Isàvena Opisso, Javier Tébar, Rosa Sans, Ricard Bellera, Beatriz Ballestín, Lidia Brun, Carlos Tuya, Gemma Lienas, Juan Manuel Tapia, Francisco Rodríguez de Lecea, Alfons Labrador, Amparo Merino Segovia, Belén Cardona Rubert, Gemma Galdón Clavell

**Edición y maquetación:**

Comunicación FSC-CCOO

**Depósito legal:** M-29458-2015



**N** Cerramos el año con un nuevo debate, en este marco de reflexión y propuestas que es **perspectiva**. Un debate importante, todos lo son, pero éste tiene una trascendencia especial pues se trata de hacer posible, mucho más si cabe, la fusión del mundo de la cultura y el mundo del trabajo.

En el combate por la hegemonía, la alianza del sindicalismo con el mundo de la cultura es fundamental en la medida que se visibiliza el mundo del trabajo, del sindicato y se genera opinión y visión crítica de la realidad.

Por estos motivos este debate es importante y pertinente, y por este motivo hemos invitado a algunas compañeras y compañeros que tienen responsabilidades orgánicas, otras que al mismo tiempo tienen una más que interesante actividad creativa; junto a otras reflexiones importantes no ajenas a la dualidad de la afiliación y la creación, que nos aportan ideas interesantes, junto con una aportación que nos lanza una diatriba ideológica.

Destacamos el manifiesto Manifiesto por el trabajo y la cultura. Octubre 2021, y que reproducimos en este número de **perspectiva**, un documento fundamental que debería ser difundido e interiorizado por el conjunto de la organización.

Hemos llegado ya a 23 números de **perspectiva**, un hecho muy relevante, y esperamos continuar planteando debates, reflexiones desde la pluralidad, con vosotras y para vosotros.

*Xavier Navarro*  
*Director*



# Manifiesto por el trabajo y la cultura



Porque estamos convencidos de que el mundo del trabajo es el factor más importante a la hora de generar una conciencia cívica.

Porque la dignidad laboral es inseparable de la dignidad democrática de una sociedad.

Porque el desamparo, el miedo y la inseguridad en las condiciones de vida son una invitación a escudarse en los instintos irracionales.

Porque hay dinámicas fundadas en el descrédito de la razón, la verdad, el conocimiento, la ciencia y las instituciones.

Porque necesitamos una convivencia capaz de oponerse con hegemonía cultural al irracionalismo en defensa de los valores de un progreso común.

Porque es imprescindible una cultura democrática que legitime el poder y las instituciones capaces de defender la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Porque son muy peligrosas las invitaciones a confundir la libertad con la ley del más fuerte.

Porque son muy peligrosas las invitaciones a olvidar que la

convivencia justa necesita marcos sociales que regulen las condiciones de igualdad para la ciudadanía.

Porque nos negamos a que la fraternidad se menosprecie y confunda con la ingenuidad y el engaño.

Porque la bondad y la solidaridad son el resultado del conocimiento y la educación en los valores humanos.

Porque nos negamos a la mercantilización de la historia, la vida y el tiempo.

Porque desconfiamos de los mercaderes del tiempo que quieren vendernos como novedades sus privilegios de siempre.

Porque desconfiamos de los mercaderes del tiempo que descalifican como sueños trasnochados las aspiraciones a un mundo más justo.

Porque estamos convencidos de que la apuesta por la cultura es una apuesta por la justicia y por la libertad.

Porque estamos viendo que en las sociedades consumistas se confunden los deseos egoístas con los derechos y la avaricia con la productividad.

Porque estamos viendo que los fanatismos autoritarios vuelven a asaltar las sedes sindicales y los edificios que encarnan la soberanía popular de las naciones.

Porque la cultura no es un lujo, un adorno o un capricho elitista, sino una invitación a conocer la realidad del mundo y a comprender el dolor ajeno.

Porque la cultura puede evitar la fragmentación de las identidades en reivindicaciones minoritarias que utilicen las ofensas propias y las afirmaciones particulares para provocar una renuncia al bien común.

Porque la mejor defensa del bien común de una sociedad es la defensa de un trabajo decente, razonable y respetado para toda la ciudadanía.

Porque aprendimos con Albert Camus que es tan importante la dignidad en el tiempo laboral como en el tiempo de ocio.

Porque aprendimos con García Lorca que es importante alimentarnos a la vez con un pedazo de pan y con un libro en las manos.

Porque aprendimos con Teresa de Jesús que la verdad de cada uno anda entre los pucheros de cada cocina.

Porque aprendimos con Juana Inés de la Cruz que la vida es tan sabia como valerosa.

Porque las primeras alianzas obreras surgieron cuando la cultura rural fue sustituida por la cultura urbana y las humillaciones de clase desembocaron en las grandes bolsas de pobreza y en las explotaciones sin escrúpulos.

Porque estamos viviendo ahora una transformación digital del mundo que debe abrirle caminos a la dignidad humana y no a nuevas formas de injusticia, desregulación y desamparo.

Porque las conquistas de la ciencia y la tecnología deben ser conquistas sociales y no nuevas formas de precariedad y explotación.

Porque no podemos permitir que haya personas desechables, sobrantes, prescindibles o condenadas a la humillación.

Porque conocemos nuestra historia y cuando la dictadura en la España de los años 60 quiso hermanar el desarrollismo con la represión nació un sindicato como CCOO para afirmar que no hay economía justa sin libertad, ni libertad sin una economía justa.

Porque estamos orgullosos de nuestra historia, y de nuestros compromisos, y de nuestras certezas, y de nuestras dudas, y de nuestro presente, y de nuestra manera de recordar el pasado para seguir caminando hacia el futuro.

Porque creemos que la conciencia crítica es imprescindible para no someterse al miedo y las condiciones humillantes del orden injusto.

Porque una conciencia crítica no debe confundirse con un fanatismo roto que acabe manipulado por los enemigos.

Porque el respeto al conocimiento ayuda a buscar la información y evita las caídas en las trampas comunicativas de las mentiras, las calumnias y las falsas noticias.

Porque la dignidad en nuestros oficios y trabajos impiden que los poderosos nos hagan cómplices de sus órdenes injustas, sus mentiras, sus calumnias y sus falsas noticias.

Porque creemos en el cine que denuncia el dolor evitable, en las imágenes que nos muestran las realidades que quieren ser enmascaradas, en los libros que nos ayudan a comprender las otras vidas, en las meditaciones que se niegan al fanatismo de lo propio y en las músicas que nos reúnen para cantar, bailar y celebrar la vida en común.

Porque los buenos argumentos nos enseñan siempre a cuidar y a ser cuidados.

Porque la diversidad no tiene por qué ser una fragmentación, ya que es posible una convivencia con respeto común a la multiculturalidad.

Porque la pobreza es una forma de contaminación moral y la lucha necesaria contra el deterioro del planeta no puede generar nuevas formas de pobreza.

Porque la palabra derogar es a veces tan importante como la palabra constituir.

Por todos estos motivos y por otros que tienen que ver con cada uno de nuestros corazones, nuestras perspectivas, nuestras experiencias, nuestros abrazos, nuestras lámparas, nuestras almohadas y nuestros despertadores:

Nosotros y nosotras, hombres y mujeres de CCOO, afirmamos una vez más a lo largo de nuestra historia, en este 12 Congreso Confederado, que creemos en la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura. Nos agrupamos así en una lucha colectiva que quiere acabar con cualquier tipo de opresión.

Queremos que el mundo cambie de base y que los frutos de la tierra se repartan por igual entre los seres humanos. Y queremos verlo más pronto que tarde. Mejor hoy que mañana, mejor el mes que viene que dentro de un año, mejor con este gobierno que con el siguiente.

Compañeros y compañeras, que así sea. 



# Trabajo es cultura

**Bruno Estrada.** Economista y Coordinador de Secretaría General de CCOO



Durante siglos la relación entre trabajo y cultura vino definida por aquella poética cita de Confucio: “¿Me preguntas por qué compro arroz y flores? Compro arroz para vivir y flores para tener algo por lo que vivir”.

El arroz, evidentemente, son los bienes materiales que nos permiten sobrevivir, y que obtenemos mediante nuestro esfuerzo, nuestro trabajo, pero ello no es suficiente para vivir una vida plena, para ello necesitamos estimular y desarrollar nuestros sentidos, nuestras emociones, nuestra imaginación. Para vivir una vida plena necesitamos flores, cultura.

Muchos siglos después, en los años treinta del siglo pasado, el psicólogo ruso Vygotsky demostró científicamente que en el ser humano hay una profunda diferencia entre las actividades mentales elementales y las actividades mentales superiores. Las primeras, aquellas que nos procuran arroz, son de origen biológico y están vinculadas a la supervivencia, por lo que se caracterizan por la intencionalidad de las acciones que dirigen -cazo porque tengo hambre-. Mientras que los procesos mentales superiores determinan acciones que nos hacen gozar y soñar con las flores, ya que la motivación para realizarlos es la propia satisfacción emocional del sujeto, algo que se parece mucho a la felicidad.

Otra conclusión a la que llegó el sabio ruso fue que el desarrollo mental era, esencialmente, un proceso sociogenético. Es decir, que nuestro cerebro evoluciona de forma individual pero también lo hace de forma colectiva y, por tanto, la evolución del ser humano es un proceso en espiral en el que la evolución social viene condicionada por la evolución de los individuos, y la de estos, a su vez, por la sociedad en la que viven.

Es decir, a medida que cada vez haya más individuos de una sociedad que tengan cubiertas sus necesidades elementales, el arroz, el cerebro de cada persona dedicará más tiempo a las actividades mentales superiores, a su satisfacción emocional, a demandar flores, esto es, cultura.

Asimismo, Vygotsky puso de manifiesto la importancia de lo “social” en el origen y desarrollo de los procesos psicológicos superiores, reconociendo lo acertado de las palabras enunciadas por Engels cuando dijo: “No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia”. Los marcos colectivos influyen en las vivencias individuales de cada persona activando el cerebro a través de: 1) el aprendizaje social; 2) la interiorización de la cultura; y 3) las relaciones sociales. Si bien la evolución de este “músculo neuronal” es un proceso dinámico y colectivo

no hay que despreciar la importancia que tienen los valores morales dominantes heredados, ya que éstos impregnan el aprendizaje social del individuo, la cultura que interiorizamos y las relaciones sociales que establecemos.

A partir de mediados del siglo XIX se produjo un cambio de eje en la relación entre cultura y trabajo debido a la creciente conciencia de los trabajadores de que para transformar el mundo desigual en el que vivían había que cambiar la cultura dominante.

A partir de entonces la clase trabajadora ha considerado que la cultura es un instrumento esencial en el proceso emancipatorio. En la medida que la transmisión cultural acumulativa y las instituciones sociales que incentivan el conocimiento son elementos fundamentales del aprendizaje social, la conclusión era obvia: sin la disputa de la hegemonía cultural que han impuesto las clases privilegiadas, y el cuestionamiento de las instituciones que han establecido para el mantenimiento del “status quo”, es imposible dirigir la evolución social del ser humano hacia sociedades más solidarias e inclusivas, avanzar hacia una “revolución tranquila” donde predominen los valores altruistas.

En la medida que las organizaciones obreras ha ido siendo cada vez más conscientes de que la cultura transformaba las conciencias, la cultura se ha ido convirtiendo en un espacio nuclear del campo de batalla de la lucha de clases. Y resulta evidente que cuando los sindicatos han olvidado esto, y han ignorado ese marco de confrontación, el retroceso social ha sido mucho más profundo, y mucho más difícil de revertir, que el producido por la modificación de la legislación laboral en contra la clase trabajadora.

Desde esta perspectiva la relación del mundo del trabajo, de los sindicatos, con la cultura toma una nueva dimensión. La clase trabajadora debe dejar de ser una mera receptora de la cultura dominante que se impone como superior, y los sindicatos, como institución social que incentiva el conocimiento, deben ser capaces de participar en el proceso de creación una cultura

con valores diametralmente diferentes a los que impone el capital. Una parte fundamental de su labor debe ser enfrentarse a la hegemonía cultural. Y todo esto desde la creatividad y la libertad, porque parafraseando la hermosa frase de Emma Goldman de hace más de un siglo: “Si no podemos bailar esta no será nuestra revolución”.

En la medida que la cultura desarrolla un papel fundamental en la creación de los imaginarios colectivos de las sociedades y en la construcción de sus relatos, los sindicatos no podemos rehuir nuestro papel de agentes culturales, lo tenemos que asumir como algo definitorio de nuestra propia esencia:

- Una parte importante de ese papel es defender y poner en valor nuestra historia de lucha y conquistas que ha ido conformando la cultura obrera, pero no desde la nostalgia, sino desde la firme convicción de que esa forma diferente de entender el mundo se siga proyectando hacia las nuevas generaciones de trabajadoras y trabajadores.
- También tenemos que promover que los creadores de cultura, nuestros escritores, poetas, cineastas, actores, actrices, músicos y artistas plásticos y digitales muestren la realidad laboral actual. Si no somos nosotros los que contamos qué le pasa a la clase trabajadora, como vive, como siente, como lucha, nadie lo va a contar por nosotras, es más, van a hacer todo lo posible por ocultarlo. La clase obrera necesita un compromiso cultural, para poder reconocer y valorar el pasado, pero también para conectar ese pasado con el presente, y ser capaces de proyectar utopías cercanas en el futuro.

En esa voluntad de proyectarnos hacia el futuro deben tener un papel principal los jóvenes, que tienen una relación con el trabajo muy diferente de la tuvieron sus madres y padres. Y ello nos exige, si queremos conectar emocionalmente con ellas y ellos, hablar con el lenguaje y los códigos con los que se comunican. Si queremos que en el futuro seamos las trabajadoras y los trabajadores quienes cultivemos el arroz y las flores no podemos hablar con palabras del pasado. ■



# La cultura como horizonte del trabajo libre

**Paco Rodríguez de Lecea.** Escritor y Ex secretario de Organización de CCOO Cataluña



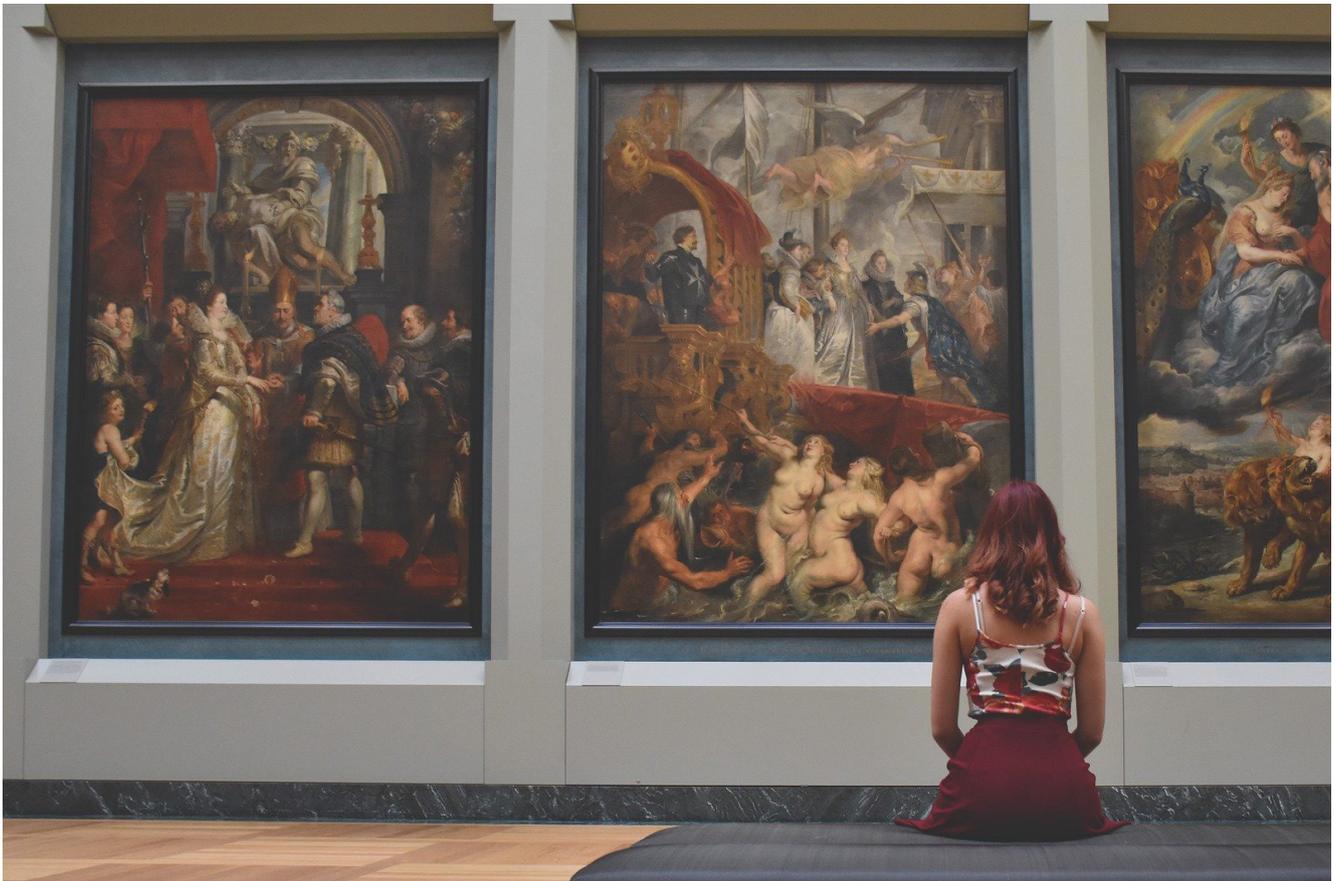
*DEDICATORIA:  
En recuerdo y homenaje a Javier Aristu*

Uno. La revolución deberá empezar por el lenguaje. La derecha neoliberal hegemónica ha dado un sentido muy determinado (y sesgado) a conceptos tales como trabajo, cultura, política, valor, bienestar, historia, progreso. Desde la izquierda, algunos aceptan la tergiversación siquiera sea para confrontarse a ella, y todo se vuelve un lío porque, con los significados que les atribuyen las derechas, todo ese conglomerado señala una dirección única, dogmática, sin alternativas (TINA). La alternativa solo emerge cuando los conceptos se resitúan en función de otras realidades y se da vuelo dialéctico al pensamiento. Resulta entonces que no estamos en el final de la historia, como nos dicen, sino más bien en el principio de “otra” historia; y que tampoco existe ninguna clave mágica para la solución de los problemas, sino que es preciso esforzarse una y otra vez en analizar a fondo lo nuevo, y en ensayar soluciones innovadoras.

Dos. Se producen equívocos cuando la derecha política y económica se sirve del lenguaje común para expresar cosas distintas, retorcer los conceptos y señalar direcciones únicas

sin una justificación suficiente. Una de las maneras de constatarlo consiste en volver a situarnos mentalmente en los años 2012-2015. ¿Recuerdan? Zapatero había sido incapaz de manejar la crisis financiera que cayó de pronto sobre nuestras cabezas a partir de la quiebra de Lehman Brothers, y cedió los trastos a Rubalcaba, que sufrió un revolcón considerable en las elecciones anticipadas de 20 de noviembre de 2011. No existía oficialmente Vox, y Ciudadanos era aún una opción exclusivamente catalana. La derecha consagrada, el PP heredero de Fraga y de Aznar, recibió la cantidad de 10,7 millones de votos (44,62% del total) y entró a gobernar con una holgada mayoría de 186 escaños. El PSOE cosechó sus peores resultados en democracia (después, bajaría más aún). Mariano Rajoy preparó una muy amplia y dura desregulación laboral (la llamó “reforma”, ¿ven lo que decía antes de las trampas del lenguaje?), y se arrellanó en su poltrona dispuesto a gobernar en solitario los próximos mil años, imponiendo el programa máximo del neoliberalismo mediante el rodillo de su mayoría absoluta en el Congreso.

En el año 2015, Rajoy anunció que iba a crear 20 millones de empleos en tres años, para sacar a España de forma definitiva de una crisis que, en cualquier caso, daba ya por superada.



No se trataba, sin embargo, de 20 millones de puestos de trabajo, en el sentido que todos dábamos antes a ese concepto. Cada puesto de trabajo, en efecto, podía dar lugar a dos, tres, siete... empleos sucesivos para la misma tarea específica. Empleos, casi no hace falta puntualizarlo, precarios, mal pagados y desprovistos de prevención y de asistencia social.

La propuesta de Rajoy (no fue la única en Europa, en aquellos años) daba una vuelta de tuerca a la economía clásica. El beneficio de la empresa dejaba de residir en el resultado (mercancía o servicio) de su actividad, y se extraía en cambio del proceso mismo, mediante la utilización abusiva de una fuerza de trabajo muy barata y fácilmente sustituible. La calidad del producto dejó de tener importancia. Ahora el empresario manejaba, no un "ejército de reserva" para abaratar la mano de obra, sino toda la mano de obra disponible, como reserva de sí misma. No había titulares en el terreno de juego y suplentes en el banquillo, sino un carrusel interminable de entradas y salidas continuas en la "alineación", para eludir las normas legales sobre las cotizaciones. Todos los contratos pasaron a ser "a prueba", todos temporales, y el plazo de vigencia indicado para cada prestación se fue acortando, en término medio, hasta desfigurar por completo el concepto histórico de trabajo. Así, se llegó a afirmar que en la economía moderna el trabajo había desaparecido. Por cierto, se cargó la culpa de tal hecho sobre las espaldas de la robótica.

Tres. Vale la pena examinar la relación entre ese trabajo "sin cualidades", que promovió el PP gobernante y que sigue siendo el paradigma ideal que manejan tanto Casado como

la FAES, y el concepto de cultura que abanderaba la derecha entonces, y que tampoco ha cambiado. Yo mismo resumí en junio de 2015 los diferentes planos de la política cultural del PP, como sigue:

- 1) Degradación de la educación pública a través de recortes drásticos en los presupuestos, combinada con la promoción, a través de incentivos varios, de colegios y universidades privados, confesionales, de pago y elitistas, de modo que aseguren no más libertad, sino más ideología basada en la perpetuación de las desigualdades de renta y de cultura.
- 2) Enfeudamiento de la información, a fin de asegurar la docilidad de los medios masivos (los mass media) a los intereses, las indicaciones y las sugerencias de los centros neurálgicos del poder económico.
- 3) Recorte de las subvenciones e imposición de tipos altos de IVA a los productos, las manifestaciones y los espectáculos relacionados con el arte y la literatura, lo cual propicia que el terreno artístico se convierta en coto prácticamente exclusivo de la élite del dinero, y responda en todo a sus criterios y categorías valorativas. Tal cosa como un arte popular libre y crítico ni se financia ni se concibe.

Cuatro. En el paradigma neoliberal la relación interna entre trabajo y cultura es inexistente. El "trabajo" se concibe como una actividad heterodirigida, realizada siempre a un ritmo frenético, y carente tanto de lógica interna como de finalidad. La "fuerza de trabajo" se convierte en un fondo anónimo de

actividad descualificada e indiferenciada, mecánica y rutinaria.

Esta característica no afecta solamente al trabajo físico, sino también al técnico y administrativo. Un “nuevo taylorismo” desgaja del trabajo la cultura del propio trabajo, y convierte la reflexión consciente del trabajador sobre su tarea en una serie compleja de automatismos colocados bajo control cibernético. Se exige del estamento técnico una participación inteligente y una autonomía de decisión, pero al mismo tiempo se fragmenta y se limita su “campo de visión”, de modo que dependa en todo de las indicaciones de los estamentos superiores y de las curvas de eficiencia diseñadas mediante algoritmos que se mantienen en secreto, como un privilegio exclusivo de la altísima dirección.

Cinco. En la visión de la derecha, trabajo y cultura son realidades, no solo distintas, sino contradictorias. Donde hay trabajo, no hay cultura; donde impera la cultura, el trabajo es un término remoto. Se reproduce así un esquema clásico de la Roma antigua: trabajo servil versus cultura señorial como *otio cum dignitate*.

Pero, en una época en la que llevan mucho tiempo publicadas y oficialmente vigentes las cartas y declaraciones de derechos del hombre y del ciudadano, esa neoconcepción neoliberal de una prestación laboral heterodirigida “pura”, en la que la cultura de trabajo que el operario vuelca en su tarea tiene un valor igual a cero, no corresponde al nivel político y económico alcanzado por la humanidad; antes bien, es de naturaleza rigurosamente ideológica, y está presidida por una lógica

burda de dominación arbitraria y de una desigualdad de oportunidades impuesta e irreversible.

En una concepción de izquierda, por el contrario, cultura y trabajo son el haz y el envés de la misma realidad. El trabajo es praxis; la cultura, en tanto que conjunto de saberes acumulados a partir de la praxis, indica un “deber ser”, una dirección de avance hacia un futuro potencialmente mejor.

En el tándem formado por los dos conceptos, queda implícito en todo auténtico pensamiento de izquierda un tercer concepto, que es el de “libertad”. La cultura implica siempre libertad, y el trabajo tiene sentido y valor (valor de uso y valor de cambio también) en la medida en que es consciente y libremente asumido. Los propietarios marran el tiro cuando dirigen sus esfuerzos a hegemonizar la cultura como un patrimonio valioso, y degradar de forma simultánea el trabajo, que es un ingrediente necesario de esa misma cultura que quieren separar del contexto mundano, social, para ensalzarla como una variable autónoma<sup>2</sup>.

Seis. La cultura entendida como inseparable del trabajo humano, útil a la sociedad, cargada de futuro al modo que Gabriel Celaya reivindicaba de la poesía<sup>3</sup>, es, por supuesto, “materia sindical”, y debe ser objeto de debate interno por cuanto el sindicato, hoy, no se conforma con ser una organización subalterna encaminada a amortiguar las fricciones entre capital y trabajo a través de una concertación predominantemente salarial.

En un paradigma más antiguo, el sindicato jugaba un papel

de apoyo táctico al partido político de la clase obrera. Era este, el “príncipe moderno” en formulación de Antonio Gramsci, el que desempeñaba en exclusiva un papel activo, y protagonizaba la función de organizar y representar, tanto en la calle como en las instituciones, a la sociedad de la que recibía el voto.

Ese reparto de tareas en la izquierda no sirve ya. El partido político ha evolucionado y perdido su vocación prometeica; y el sindicato no puede limitarse a tareas ancilares ni a reivindicaciones meramente económicas. La autonomía sindical se alza frente a la autonomía política<sup>4</sup>. Las dos exploran el mismo territorio, sin exclusiones ni compartimientos estancos. El sindicato necesita una base cultural propia para abrirse en un mundo de un gran espesor, sin dar palos de ciego. No le bastan los “préstamos culturales” desde el partido. Lo que no sabes por ti mismo, no lo sabes, como dice Bertolt Brecht en un poema dedicado a un obrero al que anima a hacerse preguntas y hacerlas a otros.

Siete. Quizá conviene en este momento precisar algo más la definición de “cultura”, dado que todo lo que recibe el nombre de cultura, así en bloque, es un cajón de sastre excesivamente grande para debatirlo en reuniones sindicales. En un sentido más preciso, se trataría en primer lugar de la cultura relativa al propio trabajo, eso que Trentin describía a Togliatti en el texto linkado en la nota 4 al pie de este artículo. Y en segundo lugar, desde un punto de vista más general, sería algo que el sindicalista y filósofo italiano Riccardo Terzi, a la sazón secretario general de la Federación de Pensionistas de la CGIL, formuló del modo siguiente en una entrevista que le hizo el periodista Salvo Leonardi<sup>5</sup>: «la capacidad de representar los intereses generales del país, más allá del lenguaje de una ‘corporación’, de un segmento social.»

Ocho. El término cultura vale, pues, como horizonte político general, y no estrictamente de “clase” en el sentido de “parte”. Cultura de dirección, en los dos sentidos de la palabra “dirigir”, que excluyen, ambos, la delegación de la iniciativa política en otras organizaciones o instituciones. Terzi comentaba así a Leonardi la situación de su sindicato, la CGIL: «Su proyecto de autonomía está aún incompleto. No hay autonomía si no hay una investigación que nutra al sindicato de las bases

culturales que impidan las instrumentalizaciones políticas y las invasiones de terreno. Ser autónomos quiere decir que se debe tener un soporte teórico para leer la realidad.»

Y en la misma entrevista citada, añadía Terzi: «Son los cambios extraordinarios de nuestro tiempo los que reclaman [del sindicato] una teoría, una visión y una interpretación del mundo.»

#### Notas

*En la segunda de dos entradas consecutivas de mi blog sobre el trabajo y la cultura, ver <http://vamosapuntoycontrapunto.blogspot.com/2015/06/sobre-el-tandem-trabajo-cultura-y-2.html>*

*Una novedad digna de estudio al respecto es la banalización del arte y la manipulación del mercado artístico en la recentísima “economía de las plataformas”. El resumen último de la situación sería el siguiente: el mercado del arte mueve mucho dinero, pero este no beneficia a los creadores, sino a los comercializadores. La calidad artística no es intrínseca a la obra misma, sino atribuida desde fuera por marchantes, galeristas, etc. El lector puede encontrar un apunte sobre el problema en <http://vamosapuntoycontrapunto.blogspot.com/2021/09/arte-trabajo-tecnologia-mercado.html>*

*Coloqué la imagen poética de Celaya como título de un trabajo mío sobre el trabajo y la cultura, publicado también en “Perspectiva” (nº 4), que puede servir introducción a este conjunto de reflexiones. Ver <http://vamosapuntoycontrapunto.blogspot.com/2015/10/la-cultura-es-un-arma-cargada-de-futuro.html>*

*Una argumentación sobre la “disonancia” que aparece en las relaciones entre sindicato y partido, puede encontrarla el lector interesado en <http://vamosapuntoycontrapunto.blogspot.com/2021/05/el-sindicato-yoconsin-el-partido.html>*

*La entrevista fue publicada en “Emilia Romagna Europa” n. 8, julio 2011. Hay traducción castellana de J.L. López Bulla, ver <http://lopezbulla.blogspot.com/2014/08/sindicato-y-cultura.html>*



# La cultura transversal

**Ana María Vallejo.** Secretaría de Administración y Finanzas de Comisiones Obreras de Castilla y León



En las últimas décadas hemos estado observando como la cultura comenzaba a formar parte cada vez más del día a día de nuestra organización sindical, de tal manera que desde hace ya varios años distintas organizaciones sindicales, ya fueran territoriales o federales iban dotándose de secretarías, áreas o instrumentos específicos a modo de fundaciones, cuyo objetivo fundamental fuera la programación de actividades culturales y el acercamiento al universo cultural.

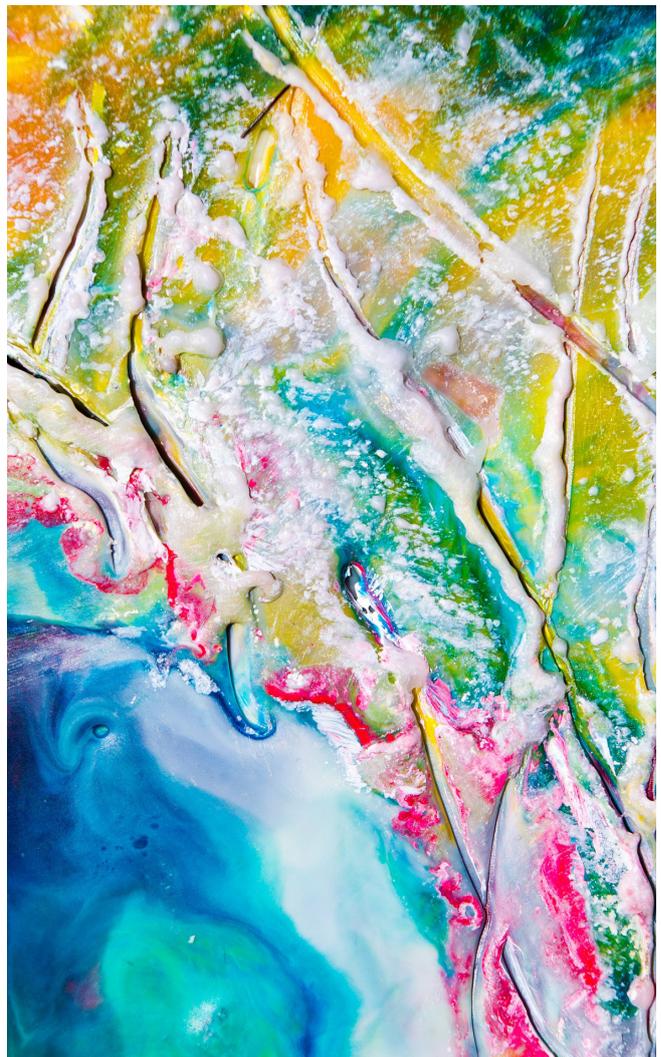
Siempre he defendido que este acercamiento al mundo de la cultura, nos hacía regresar a nuestros orígenes como organización sindical de clase, que desde la base de su nacimiento y legalización contó con el apoyo de numerosas personas claramente identificadas con el mundo de la cultura, coincidiendo, por otra parte, con aquellas que eran más reivindicativas y proactivas en aquel momento. Sin embargo una vez pasado el tiempo, ambos mundos, el sindical y el cultural, sufren un distanciamiento progresivo, por el cual se deja de interactuar mutuamente, disociándose durante un periodo de tiempo. El sindicato, como organización de trabajadoras y trabajadores, olvida por un momento la necesidad de buscar un enfoque cultural dentro de sus líneas de acción, y por otra parte, las propias personas trabajadoras de la cultura, que sufren generalmente una especificidad laboral muy determinada, ven como la organización sindical no

ofrece todas las respuestas que requiere un sector de actividad tan complejo como el cultural.

En estos momentos, en los que la cultura ya forma parte de nuestras líneas de acción, una de las cuestiones más enriquecedoras, que debemos poner en valor en estos últimos años es el poder haber desarrollado vínculos con numerosas personas y organizaciones del ámbito cultural, con los que se tiene una cercanía y complicidad importante, que no se queda en la mera participación dentro de nuestra diversa programación cultural si no que va más allá apoyando reivindicaciones y acciones puramente sindicales.

Pero vayamos al otro punto importante de reflexión, abordemos la cuestión relativa al tipo de programación que ofrecemos, y más específicamente ¿a quién estamos llegando con las diferentes programaciones culturales? En primer lugar, debemos reafirmarnos en el objetivo básico de que la cultura debe ser algo transversal en nuestra organización, dicho de otra manera, la cultura debe atravesar de principio a fin al sindicato y estar presente desde las secciones sindicales más pequeñas hasta las estructuras más altas de la dirección. Quien haya estado realizando labores de programación cultural en nuestras fundaciones ha podido sentir, en no pocas ocasiones,

el sentimiento agridulce de estar por un lado ofreciendo una programación cultural del más alto nivel, cumpliendo con todos los parámetros de aunar cultura, ideología y sindicalismo, y sin embargo no contactar con nuestra afiliación más de base, quedándose estas actividades relegadas para un pequeño grupo de personas que asiduamente acuden a nuestras actividades. Con el paso del tiempo, me pregunto si debemos ofrecer la misma programación cultural si nos dirigimos a las estructuras de dirección (por otra parte las más ideologizadas) o a nuestra afiliación de manera extensa (tal vez con otro tipo de inquietudes culturales), en definitiva se trata de evaluar de qué manera podemos implicar a todo el espectro sindical en nuestras actividades. Y es en este punto donde entiendo que debemos poner el acento y marcarlo como un importante objetivo a trabajar. Debemos analizar y plantear acciones culturales que conecten cada vez más con todo nuestro “público objetivo” tanto con nuestras personas afiliadas, como con delegadas y delegados, y por supuesto con las estructuras de dirección. En definitiva, repensar nuestras acciones culturales para que la cultura sea algo transversal a toda nuestra organización, y elemento integrador de toda la afiliación. ■





# Cultura y sección sindical

**María Antonia Araque Alonso.** Sección sindical de CCOO en IMBISA  
(Imprenta de Billetes, S.A.)



La labor de las secciones sindicales en el día a día de las empresas es la traducción más palpable y directa para las trabajadoras y trabajadores de la utilidad del sindicato. Sin embargo diríamos que, frente a las dinámicas habituales, normalmente muy absorbentes, de los centros de trabajo, aspectos como las vicisitudes del Diálogo Social, por poner un ejemplo, quedan algo lejos para el grueso del personal, cuando no ocurre que, en el peor de los casos, se desconocen o incluso se rechazan debido al descrédito del que es objeto el sindicalismo de clase confederal.

Debe preocuparnos la desconexión entre algunas facetas genuinas de nuestra cultura sindical y la percepción de la realidad tangible, cotidiana, a pie de tajo, de los trabajadores y trabajadoras. Debemos intentar reducir esa brecha si queremos aspirar verdaderamente a la pervivencia de la organización y a preservar su capacidad de transformación social. En la sociedad líquida de la posverdad en la que nos desenvolvemos, orientarnos hacia la supresión de la sociedad capitalista y la construcción de una sociedad socialista democrática o, dicho de otra forma, luchar siquiera por un futuro de dignidad para la clase trabajadora, se antoja extremadamente difícil y requiere de cuantas manos se puedan disponer, de toda

nuestra inteligencia colectiva y de no dejar un solo espacio sin presentar batalla.

En esa tarea, recurrir a la cultura desde el sindicalismo es una forma de ampliar la masa crítica y extender la mirada colectiva hacia el horizonte sociopolítico que pretendemos desde referentes y significantes no estrictamente sindicales, más atractivos y asequibles para un “público” menos politizado o con menor compromiso social.

Así pues, con frecuencia las estructuras territoriales o sectoriales organizan actos culturales de diversa índole abiertos a la sociedad en general y que, a pesar de su amplia difusión, en ocasiones no obtienen el seguimiento esperado o sólo acuden a ellos los cuadros sindicales más cercanos a la estructura que los impulsa.

Las secciones sindicales, por su dispersión por todo el territorio, por su cercanía a las bases y por estar allí donde a la gente le pasan las cosas, tienen una potencialidad extraordinaria para permear con ideas y propuestas a los grupos sociales más diversos. Incorporar la colaboración con el mundo de la cultura a las labores habituales de las secciones sindicales, allí donde

sea posible, puede contribuir de manera efectiva a mejorar el alcance de las propuestas del sindicato, creando la masa crítica necesaria para combatir la persuasión que ejerce la ideología neoliberal-populista-fascista de los grupos dominantes sobre las clases populares y, a la larga, recuperar la tensión movilizadora.

Llevar iniciativas culturales a las secciones sindicales requiere un gran trabajo de coordinación de las estructuras, bajar al terreno para intentar salvar las no pocas dificultades que entraña una fórmula tan descentralizada. No sólo la elección del evento debe adecuarse a los intereses del colectivo al que nos dirigimos, sino que las cuestiones logísticas, como disponer de un local digno y con un aforo razonable, o contar con la autorización de las empresas, frecuentemente reacias, para que los actos se desarrollen en sus instalaciones, deben poderse resolver sin que suponga perjuicio alguno a los delegados y delegadas del centro de trabajo. Todo ello para garantizar que el esfuerzo de nuestros compañeros y compañeras para acudir a la convocatoria más allá de las horas de trabajo les merezca la pena, les sirva para reflexionar y les dé herramientas para identificar las claves y desmontar el discurso dominante.

Por todo ello es indispensable reforzar la coordinación de las estructuras del sindicato con las secciones sindicales para que, además de operar como células para organizar la defensa y conquista de derechos laborales en los centros de trabajo de empresas y administraciones, también adquieran un papel determinante para la difusión de ideas e iniciativas culturales acordes con nuestros valores sociopolíticos que procuren la transformación social desde las bases. ■





# La cooperación del sindicalismo de clase y los profesionales de la cultura

**Héctor Maravall.** Ex-Consejero del Consejo de RTVE en representación de CCOO y abogado laboralista



Quienes en el verano de 1982 asistimos entusiasmados al concierto de Miguel Ríos en el campo de fútbol del Getafe, en el marco de la gira “Rock and Ríos”, difícilmente podríamos pensar que casi 40 años después, la canción emblemática de “Bienvenidos” iba a servir de apertura del 12 Congreso Confederal de CCOO, con la intervención del mismísimo Miguel Ríos. Y el mismo entusiasmo que Miguel levantó entre los “hijos del rock and roll” a principios de los años 80, se volvió a producir en esta ocasión con “los nietos del rock and roll”.

Sin embargo, por aquellos ya lejanos años no era imaginable que en un Congreso confederal de CCOO interviniese una banda de rock, aunque fuera la de un artista que siempre se ha situado en el lado de las luchas progresistas de nuestro país.

Toda una señal de la vitalidad de nuestro sindicato y no ha sido la única que se produjo en un congreso, con una sesión inaugural dinámica, innovadora, hasta divertida y con abundantes guiños hacia el mundo de lo que se llama sociedad civil y muy en especial a la cultura, por no hablar del libro de comics que se regaló a todos los asistentes o la oportuna intervención de Elvira Lindo.

Es cierto que desde casi sus orígenes las CCOO tuvieron una estrecha relación con actores y actrices, cineastas, escritores, pintores, músicos, que nos prestaron su ayuda solidaria, respaldo político y también económico. Posteriormente CCOO, ya en la legalidad, hizo esfuerzos para contribuir a organizar sindicalmente a lo que se denominaban “fuerzas de la cultura”, apoyando las luchas que se producían o fomentando las elecciones sindicales.

No podemos olvidar que en España (como en otros muchos países), los sindicatos UGT y CNT desde sus orígenes tuvieron especial interés en acercar la cultura a las clases trabajadoras, muy mayoritariamente analfabetas, frente a la actitud de la nobleza, la burguesía y la Iglesia que desde tiempos inmemoriales consideraron la cultura como un patrimonio propio y no movieron un dedo para hacerla accesible a las clases populares.

Las casas del pueblo del PSOE-UGT y los centros anarquistas fueron instrumento de educación y formación, de impulso de una cultura propia. Los primeros años de la revolución bolchevique fueron un modelo de encuentro entre las clases populares y la cultura, generando una intensa producción

cultural de gran calado innovador; algo parecido a lo que sucedió en Alemania durante los gobiernos progresistas y el auge del movimiento obrero en la República de Weimar. También en los años 30 del siglo pasado y en el marco del "New Deal" propuesto por el Presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, escritores, cineastas, autores teatrales y sobre todo músicos, apoyaron y se apoyaron en un movimiento obrero en aquellos tiempos muy vivo, combativo y solidario.

En definitiva, la cultura y el movimiento obrero han vivido etapas de colaboración, de mutua influencia, bien positivas para ambas partes.

En los últimos años en CCOO hemos ido abriendo un debate con unas nuevas perspectivas que se podrían resumir en tres ideas centrales.

Contar con la creatividad, formas e ideas que nos ayuden a mejorar nuestros cauces de comunicación con la sociedad, a renovar nuestra imagen, a resultar más atractivos a sectores que por diversas razones se han dejado de interesar por el sindicalismo o incluso son muy críticos y reticentes.

Afrontar y colaborar estrechamente en la imprescindible lucha ideológica que hay que dar en la sociedad española en defensa de los valores de solidaridad, progreso social, cohesión social y territorial, de la igualdad entre hombres y mujeres, de respeto a la diversidad sexual, de políticas de protección de la naturaleza y de crecimiento sostenible...

La reivindicación del papel del sindicalismo de clase, de sus incuestionables logros (que no siempre hemos sido capaces de publicitar y poner en valor), frente a los ataques y calumnias que se han convertido en moneda corriente en los últimos años, como una cuestión importante en ese marco de lucha ideológica por los valores de la democracia, la igualdad y el bienestar social.

Tres objetivos fundamentales que para nada deben relegar otros trabajos comunes e iniciativas de colaboración que hemos venido realizando en las últimas décadas.

Lograr diseñar y poner en marcha un camino de más, mejor y más diversa cooperación entre el sindicato y los profesionales de la cultura no es tarea fácil ni rápida. Debemos ser conscientes que en la actualidad la ofensiva ideológica del neoliberalismo económico y el extremado conservadurismo de amplios sectores sociales (apoyado sin descanso y con numerosos recursos por la mayoría de los grandes medios de comunicación y también desde influyentes ámbitos de casi todas las confesiones religiosas), ha calado intensamente en sectores de la cultura que tradicionalmente eran poco permeables a las ideas reaccionarias.

No debemos ignorar que son muchos los que o nos ven como un aparato burocrático con fuertes intereses corporativos o los que piensan en el mejor de los casos que somos una reliquia del pasado, en su día valiosos y necesarios, pero que no hemos sabido adaptarnos a las nuevas realidades.

En ese escenario de encuentro y colaboración es imprescindible rehuir cualquier tentación protagonista, de que nadie se crea que buscamos apoyos tan solo para mejorar nuestra imagen pública; hay que evitar planteamientos cortoplacistas o coyunturales o para momentos o necesidades puntuales. Es preciso apostar por un trabajo sistemático, permanente, capilar, en todas nuestras estructuras y no solo en el ámbito Confederal. Que no se conviertan en los buenos deseos tras un proceso Congresual con fuerte renovación en sus órganos de dirección, que después poco a poco van diluyéndose (algo que nos ha sucedido en el reciente pasado). Una estrategia de confluencia en la que se tienen que implicar la máxima dirección en cada ámbito territorial.

Hay otras cuatro cuestiones que convendría subrayar:

En primer lugar, el apoyo sindical a los jóvenes profesionales de la cultura en un doble sentido. Por una parte, defender frente a las entidades privadas o públicas sus derechos y condiciones de trabajo, la protección de la obra creada, el cumplimiento de las obligaciones fiscales y de seguridad social de quienes les contraten...etc. Por otra parte, contribuir a difundir el trabajo de estos profesionales, aprovechando las posibilidades de comunicación directa con cerca de un millón de afiliados, así como la disponibilidad de una amplia red de locales sindicales. Todo ello ayudaría también a que los jóvenes profesionales de la cultura conocieran la realidad del trabajo sindical, sin duda desconocida para la inmensa mayoría.

En segundo lugar, plantearse la actuación sindical en el ámbito de la cultura en una clave feminista que podríamos resumir en dos aspectos. El apoyo al trabajo de las mujeres profesionales de la cultura, que sigue siendo minusvalorado, a menudo silenciado en los grandes medios de comunicación u olvidado por las instituciones públicas y privadas a la hora de establecer sus programas e iniciativas. Y por supuesto facilitar el acceso de las mujeres trabajadoras y muy en especial las afiliadas al conocimiento de la cultura y a las actividades culturales.

Hay una tercera cuestión a tener muy en cuenta. El papel que deben jugar la amplia red de centros y entidades culturales que existen en España y que se ha ido creando y aumentando desde la consecución de la democracia. Bibliotecas, museos, escuelas de bellas artes, de música, de ballet y danza, de pintura y dibujo, auditorios y salas de conciertos, orquestas, corales y grupos de canto, asociaciones culturales de diversa índole... etc. con la dramática excepción de las salas cinematográficas, que han ido desapareciendo o reduciendo drásticamente su actividad en toda España y hoy la mayoría de los pueblos y ciudades pequeñas y medianas carecen ya de cines.

El entramado cultural contribuye a formar y desarrollar las capacidades artísticas de la gente, de niños y niñas, jóvenes y mayores; facilitan la popularización y difusión de la creación cultural; favorecen elevar el conocimiento y nivel educativo de

la población...Sin olvidar el importantísimo yacimiento de empleo que todo ello representa.

Sin embargo, esa red cultural, a pesar de los importantísimos avances logrados, de la considerable cuantía de recursos materiales y humanos con los que se cuenta, tiene aún importantes carencias en varios aspectos, que se han acentuado con las políticas de recortes y contención del gasto público que se ha producido en los últimos diez años, agudizado por la parálisis impuesta por la pandemia; y lo mismo en lo que se refiere a la inversión privada en cultura.

Todavía falta mejorar el mantenimiento y modernizar buena parte de los equipamientos y sus dotaciones materiales. Como resulta imprescindible incrementar razonablemente las plantillas y perfeccionar y actualizar su formación y cualificación profesional. Para ello es imprescindible terminar con esa nefasta práctica de que las partidas presupuestarias de las tres administraciones públicas dedicadas a la cultura pasen sin pena ni gloria en los debates presupuestarios, porque no son una prioridad ni siquiera de segundo o tercer nivel.

Si esto es así con carácter general, salvo honrosas y muy localizadas excepciones, la situación es especialmente grave en lo que ahora se llama "España vaciada", cuya penuria de dotaciones culturales y de presencia periódica de actividades culturales es patente y es un factor añadido en el proceso de despoblación rural. Todavía sigue siendo un lugar común esa frase "voy a pasar unos días a Madrid (o Barcelona) para ver exposiciones, musicales, obras de teatro o conciertos".

El apoyo confederal y territorial de nuestro sindicato a una dotación suficiente y equilibrada para los centros y actividades culturales de toda España no puede olvidarse y debe de tener suficiente visibilidad en nuestras posiciones reivindicativas.

Una cuarta cuestión es asumir de manera coherente que el interés, el conocimiento, el desarrollo de la cultura, tiene que

empezar inexcusablemente en la escuela. Sin embargo, hay profundas carencias en la formación cultural de los niños y niñas, de los jóvenes. Desde un currículo educativo que menosprecia la cultura y las bellas artes, hasta la generalizada infradotación de profesorado y de material especializado, que puedan dar a conocer, hacer accesible y atractiva la cultura a los alumnos y alumnas. Los ingentes avances tecnológicos y de las redes de comunicación, no son aprovechados adecuadamente en ese objetivo de informar, formar y despertar el placer del disfrute con la creación cultural.

Las sucesivas reformas del sistema educativo no han tenido interés alguno por abordar la necesidad de incluir la cultura como un elemento esencial en el proceso formativo y en consecuencia disponer de una suficiente dotación presupuestaria de medios. Carencia que el sindicato debe poner de relieve, defendiendo el cambio de esta situación.

La mayor parte de los planteamientos y propuestas a los que he hecho referencia tienen como destinatarias las tres Administraciones Públicas, ya que las políticas y programas relacionados con la cultura están ampliamente descentralizados, sin embargo, el grado de responsabilidad política es muy distinto. Por ello resulta imprescindible empezar por un cambio radical de actitud desde la Administración General del Estado, que sirva de referencia y aliciente para las demás Administraciones Públicas.

Hay algunas otras reivindicaciones más concretas que debemos tener presentes.

“El Estatuto del Artista”, que pese a los años y años de promesas políticas e incluso de recomendaciones en el Congreso de los Diputados, no termina de hacerse realidad. Ya en la clandestinidad, CCOO apoyó y participó a través de sus militantes en las luchas de los actores y actrices de España por sus derechos laborales básicos. Una lucha que con diversas formas y exigencias y también de avances, se ha venido manteniendo hasta hoy. El posicionamiento de nuestro sindicato es claro al respecto y debemos seguir defendiéndolo hasta su adecuada consecución.

La regulación legal del “mecenazgo”, es otra promesa largos años incumplida por las Cortes Generales. Sin ignorar la complejidad legal de esta ley y las consecuencias que una inadecuada regulación podría tener en materia de elusión de obligaciones fiscales o los riesgos de reducción del gasto público en Cultura, el vacío que hay en esta materia y las oportunidades que se están perdiendo año tras año es absolutamente injustificable.

Tanto “El Estatuto del Artista” como la “Ley de Mecenazgo” deberían ser una realidad en la actual legislatura, aprovechando el teórico compromiso que en ambas cuestiones tienen los partidos del gobierno de coalición progresista.

En resumen, hay un amplísimo ámbito de apoyo y colaboración entre el sindicalismo de clase y los profesionales de la cultura y una perentoria necesidad de trabajar juntos. La nueva etapa abierta tras nuestro proceso congresual, debe ser el aliciente para retomar la iniciativa. 



# La cultura, cronista sentimental y combativa en las manos del día

**Carmen Barrios.** Escritora y fotoperiodista



“Es toda una experiencia vivir con miedo, ¿verdad? Eso es lo que significa ser esclavo. Yo he visto cosas que vosotros no creeríais, atacar naves en llamas más allá de Orión. He visto rayos C brillar en la oscuridad cerca de la puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir”. Tras estas palabras, una paloma blanca sale volando libre de las manos del replicante esclavo Roy Batty en la última escena de Blade Runner, Ridley Scott, 1982. Con lenguaje cinematográfico, en un plano fijo poético y simbólico como pocos, Scott coloca un mensaje político que es un canto al valor de la vida, a la emancipación de las cadenas, a la libertad y a la igualdad, fuertemente emocional, en la cabeza de millones de espectadores a lo largo y ancho de este mundo. El esclavo Batty traspasa la frontera de la muerte sintiéndose libre al respetar la vida y da una lección de humanidad a un sistema que los quiere esclavos y explotados o muertos.

Y es que los seres humanos, los hombres y las mujeres venimos representando nuestro mundo y, sobre todo, la justa pelea por las cosas de comer, por el pan y también por las rosas, en el devenir del arte a lo largo de la historia desde las cavernas. Pintamos, escribimos, hacemos música o representamos en piedra, sobre lienzo, papel, celuloide o sobre la pantalla de un

ordenador, un móvil o en el mismo aire del cielo con bengalas de colores, da igual el medio, cualquiera es bueno para expresar el peso de las vidas, las alegrías, las frustraciones, las luchas y las muertes, lo conseguido y lo perdido, todo nuestro mundo está en lo que Neruda expresa en Las manos del día.

*“Manos que solo ropas y cuerpos  
trabajaron,  
camisas y caderas  
y libros, libros, libros  
hasta que solo fueron  
manos de sombra, redes  
sin peces, en el aire:  
solo certificaron  
el heroísmo de las otras manos  
y la procreadora construcción  
que dedos muertos levantarón  
y continúan dedos vivos”.*

(Pablo Neruda, fragmento de su poema El olvido, del poemario, Las manos del día, ed. Losada, Buenos Aires, 1968)



Colocamos todo el peso de la Historia en las manos de los comunes, los que la hacen, la trabajan, la representan, la padecen y la transforman con sus luchas en un diálogo perpetuo que se debate sin tregua en el plano de la cultura. Registrar lo sucedido de una u otra forma nunca es inocuo.

Arte, cultura, trabajo, política han caminado de la mano, y no se comprenden las unas sin las otras. La cultura y el arte no son ajenas a los tiempos y los cambios políticos ni a las reivindicaciones sociales y sindicales de cada época y en cada sociedad. Con la particularidad de que la expresión artística en cualquiera de sus formas actúa como cronista sentimental y combativa tanto de las pequeñas cosas como de los grandes acontecimientos históricos.

Coincido plenamente con Marta Sanz cuando afirma en *No tan incendiario, Periférica, Cáceres, 2014*, que la cultura no es algo secundario ni se puede separar del trabajo político. Yo añado que desde que existen las agrupaciones de trabajadores, del sindical tampoco, puesto que van unidos, porque como escribió Celaya hay que “tomar partido hasta mancharse”. ¿Acaso no está también el mundo del trabajo y su representación íntimamente relacionado con la creación artística en su conjunto?

No concibo, como tampoco lo concebía Picasso, que decía que “el arte nunca es casto, o si es casto, no es arte”, que las formas culturales sean neutrales. Eso de “el arte por el arte” tiene en sí implicaciones políticas, porque en el propio ejercicio de negar un compromiso social o político del artista con el mundo y el

entorno social que le toca vivir ya hay una posición política expresa. La cultura deja un poso que nos mueve a actuar de una forma o de otra, por eso el poder se ha esforzado y se esfuerza tanto en apuntalar guerras culturales e intentar ganarlas.

Considero que es un deber de cualquier artista abrazar compromisos y contribuir a remover conciencias, a provocar preguntas y reflexiones, a establecer ese permanente diálogo y esa comunicación necesaria, que la dialéctica impone para encontrar caminos mejores para todas. Y ahí la cultura y el arte son parte competente y activa de todos los cambios y mejoras sociales que se propongan.

El cine y las artes visuales, la literatura, la pintura y la escultura, así como la música forman parte de esas manos del día que contribuyen a poner sobre el escaparate las luchas por mejoras democráticas en busca de justicia social, participando en una pelea permanente con el poder por establecer la hegemonía cultural que asiente el relato de los y las comunes. De los fotogramas del cine salen ejemplos de lucha de clases *Espartaco*, (Stanley Kubrick, 1960) y de movimientos emancipatorios desde sus inicios. El motín de los marineros contra los oficiales de la armada zarista en 1905 por las cosas de comer, contra los malos tratos y la comida basura, que relata *El acorazado Potemkin* (Eisenstein, 1925) queda registrado en la retina de cualquier ojo para el resto de la vida. La lucha de esos marineros por su dignidad vital es un relato universal sobre justicia social poderoso, que trasciende el tiempo y permanece como marca cultural política. Podríamos mencionar miles de



películas que explican luchas sociales y sindicales que tienen que ver con la pura lucha de clases, desde películas de ciencia ficción como por ejemplo *Alien*, *el 8º pasajero* o *Los juegos del hambre* (por citar una un poco más próxima y comercial), hasta una recientísima y ácida ‘comedia’ de León de Aranoa, titulada *El buen patrón*, todas ellas contribuyen a explicar lo que padece y anhela una mayoría aplastante de las personas que habitan este planeta y que no se encuentran entre ese 1% de escandalosamente privilegiados que se apropian de la riqueza de los muchos. Contra esa barbaridad de la acumulación sin fin de los poquísimos luchamos, porque nos va la vida propia y la del planeta y sus especies, y algunas entendemos como Celaya que la poesía es un arma cargada de futuro.

De igual modo, de las páginas de los libros han salido revoluciones relatadas frase a frase como en *Los Miserables*, 1862, de Víctor Hugo, o *El talón de hierro* de Jack London o *La madre* de Gorki, o simplemente ideas que modifican conductas por su brutal y consciente análisis social como en *Lectura fácil: Ni Dios, ni amo, ni marido ni partido, ni de fútbol*, de Cristina Morales, y crónicas de derrotas, como en *GB-84* de David Pace, que actúan como manuales de los abusos brutales de los poderosos para salirse con la suya y cambiar un paradigma histórico y de los errores de los subyugados a la hora de enfrentarlos.

### Contar las luchas

Durante los últimos 10 años de mi vida llevo trabajando en una serie de relatos sobre la recuperación de la memoria de lucha

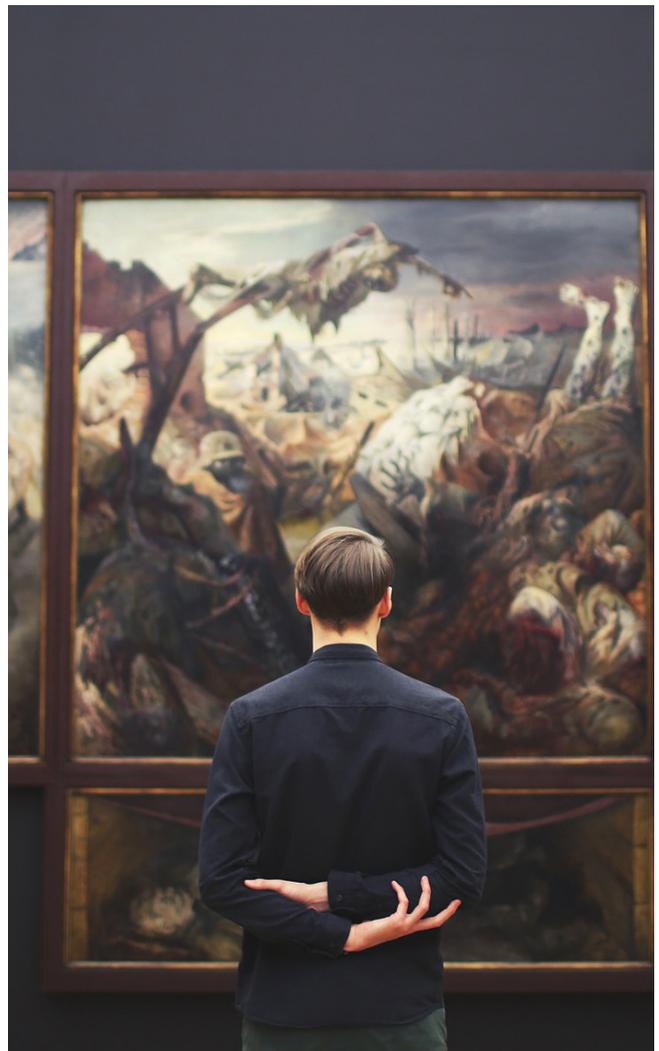
de las mujeres. Abrazo este compromiso porque considero que es necesario que queden por escrito, palabra tras palabra, frase a frase, ejemplos de luchas sindicales, políticas, vecinales, sociales protagonizados por mujeres, porque si no lo contamos nosotras solo nos queda la invisibilidad de nuestra participación en la consecución de derechos y mejoras. Las mejoras en el mundo del trabajo tienen mucho que ver con los empeños de las mujeres, y es demasiado habitual que no se cuente su participación en las conquistas de derechos.

¿Es la memoria de las luchas de las mujeres un espacio cultural ligado al trabajo? Muchas han sido las que se han empeñado en ello, en participar y en contarlo. La revolución rusa contada por Aleksandra Kolontái no es la misma que la contada por ejemplo por John Reed, no se hace desde la misma perspectiva, ni desde el mismo lugar. Ella abunda en el hecho social, en la necesidad de pan, las cosas de comer y la preservación de la vida, la paz, en la vuelta de los hijos del frente de las mujeres rusas, todas a una, que pararon las fábricas de San Petersburgo, iniciando una huelga que se extendió, haciendo caer al Zar a los 9 días. Ahí está el mundo del trabajo, del colectivo, como protagonista histórico, el mundo del trabajo de las mujeres rusas que reclamaban pan y paz.

Para mí, como creadora, es muy importante que la perspectiva imaginativa, creativa y colectiva de las luchas por derechos sociales, políticos, vecinales y sindicales de las mujeres quede por escrito y abrazo el compromiso que me toca hasta cuando escribo relatos eróticos o poesía, porque soy consciente de que las palabras hacen política y tenemos una necesidad bárbara

de nombrar y armar un relato consciente, que haga hegemonía cultural de la realidad de los y las comunes, que son los y las dueñas de esas manos del día que juntas y entre todas tejen los devenires de la Historia. ■

\*Agradezco las observaciones del historiador Enrique Corredera Nilsson.





# Cultura crítica y sindicalismo de clase, una misma cosa

**Pepe Gálvez.** Sindicalista, guionista de cómics



No voy a hablar, escribir, de la relación entre trabajo y cultura en general, sino de la necesaria confluencia integradora entre el espacio de la cultura crítica y el sindicalismo de clase sociopolítico. Es un (re)encuentro que responde de una necesidad recíproca, a pesar de la niebla ideológica extendida por el largo dominio del pensamiento único neoliberal. Por una parte la el sindicalismo autónomo de clase tiene que elaborar y difundir un cuerpo propio de cultura, inevitablemente crítico con el sistema social dominante que tiende naturalmente reducirlo a la condición de subordinado. Mientras que los creadores y divulgadores de cultura son, cada vez con más claridad, trabajadores sometidos a una presión, a la vez acomodaticia y precarizante, por su, no tan particular, industria.

**Necesaria como el aire que exigimos trece veces por minuto**

Retomando palabras de Marta Sanz, en la última Semana Negra de Gijón, la cultura no es, no puede ser, la ensalada o las patatas fritas que se sirven como acompañamiento en el plato de la lucha o la movilización obrera. Y no puede serlo no sólo porque transmite la idea de utilización tan interesada como pasajera, sino sobre todo porque el

sindicalismo de clase autónomo necesita disputar con el bloque del capital la visión del mundo, de las relaciones humanas, de la importancia del trabajo. Es decir, tiene que transmitir sus propios valores, sus prioridades, sus logros y fracasos, sus vivencias, ambiciones, su historia y memoria. Cuando el trabajo, la(s) organización(es) de los trabajadores, han bajado, poco o mucho, la guardia en la promoción y creación de la cultura crítica se han negado a sí mismas como sujeto generador de hegemonía. Han cedido terreno en el campo de la ideología, o sea de la cultura, ante sus adversarios y enemigos, que han generado una lluvia ideológica continua que explica el mundo con el trabajo siempre en posición subordinada y por lo tanto prescindible.

**¡El trabajo existe!**

Por otra parte el mundo de la cultura no es homogéneo por definición. Se podría hablar de tantos tipos de cultura como formas ideológicas de explicar el mundo. La honestidad intelectual reside en el reconocimiento de la existencia esas fuerzas sociales determinantes, externas, que no ajenas al universo creacional de la cultura.

Actualmente, y desde hace demasiado tiempo, la gran mayoría de las manifestaciones culturales cumplen la función de adorno mistificador de las relaciones de poder, especialmente del económico, y obvian como estas determinan, o como mínimo condicionan, eso que llamamos nuestra vida.

Ese sesgo edulcorante y servil, puede llegar a ser obscuro y cruel en su ignorancia deliberada del espacio social de las relaciones laborales y sus protagonistas. Vuelvo a retomar reflexiones gijonesas de Marta Sanz, esta vez sobre la insoportable levedad de ese romanticismo que exalta una figura como la de la vaquera de la Hinojosa. Ese imaginario de un mundo inmaterial y ajeno al mal tiempo, al barro y los excrementos, a la fatiga física o al limitado horizonte de expectativas vitales. Y que decir del espejismo de los héroes y superhéroes que no se ven nunca en la tesitura de enfrentarse a sus jefes, o empresarios, en defensa de mejores condiciones laborales, ni han tenido nunca problemas de vivienda, transporte, educación o sanidad. Y más de lo mismo respecto de ese dominio brutal de lo individual sobre lo colectivo, del destierro de los perdedores, de la alergia a la solidaridad...

Los trabajadores de la cultura, si es que pretenden ofrecer una visión crítica de la sociedad, no deberían olvidar o expulsar de su proceso creativo esa realidad laboral. Y no deberían hacerlo, entre otras cosas, porque significa olvidarse u ocultarse circunstancias propias y decisivas de su proceso de producción: dependencia de la industria, presión ideológica, precarización...

### **Conocerse y reconocerse mutuamente**

Sindicalismo autónomo y cultura crítica necesitan confluír y de hecho ya se están dando pasos importantes en esa

dirección. No deja de ser significativo que Joan Coscubiela escribiera en un twet que el último congreso de las CCOO de Catalunya en algún momento diera la impresión de ser un acto cultural en el que se intercalaban mensajes y reflexiones sindicales y no al revés. Por otra parte en el ámbito de la creación de productos culturales propios, se habían dado pasos en el terreno audiovisual, especialmente de los vídeos y a la incorporación de la ilustración en el terreno de la "agipro", así como en la existencia de premios de poesía u otro tipo de literatura. Pero el salto adelante más importante se ha dado con la publicación de los dos primeros tomos de Conciencia de clase, a los que se va a añadir en breve el cómic O todos o ninguno. Esas recopilaciones de relatos son una muestra gratificante de confluencia creativa entre el sindicalismo y la cultura crítica. No hay manipulación ni labor de adorno sino el trabajo de compartir la tarea de aproximación y reconstrucción de recuerdos y la conversión de esas experiencias en narración.

Otra iniciativa a tener muy en cuenta es la de "Los libros a las fábricas" que desde 2014 lleva adelante la Fundación Anastasio de Gracia, ligada a la Federación de Industria, Construcción y Agro (FICA) de UGT. Este proyecto selecciona una serie de obras para ser leídas respectivamente por las trabajadoras de diferentes empresas. Una especie de club de lectura que culmina en una reunión abierta entre la autora y lectores. Aparte de la importancia del aspecto más evidente: el de fomento de la lectura, hay otro que me interesa destacar: el del contacto entre creadores y mundo laboral. Esta experiencia que sin duda acerca el proceso creativo a un sector específico de lectores y aproxima al creador a la realidad de las fábricas. Contiene por ello un potencial de conocimiento mutuo que es también una llamada a desarrollarlo y profundizar en el reconocimiento mutuo de sus respectivas realidades como personas que trabajan y crean. 



# De la excepción a la normalidad

**Xavier Fina i Ribó.** Gestor cultural y filósofo catalán



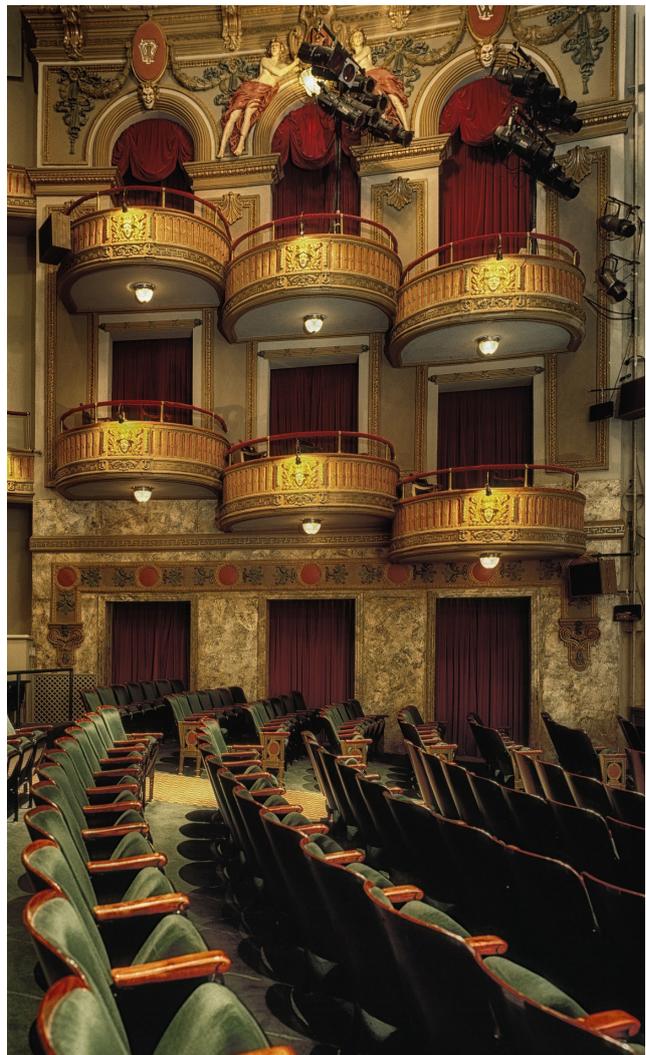
Durante muchos años, la excepción cultural fue un concepto clave del debate sobre las políticas culturales. El proteccionismo de raíz francesa ponía en esa excepcionalidad sus argumentos para salvaguardar las expresiones culturales frente a la fuerza del mercado. Uno de los tradicionales escollos en las negociaciones sobre los tratados de libre comercio ha sido la inclusión o no de la cultura. La Unión Europea ha defendido la exclusión de la cultura de estos tratados bajo el lema de que la cultura no es una mercancía. Estados Unidos ha querido incluirlo sin barreras desde una concepción neoliberal y desde la defensa la arrogancia de quien piensa que tiene los mejores productos (“hagan ustedes películas tan buenas como sus quesos y no necesitará ningún tipo de proteccionismo” dice la leyenda que le replicó el negociador americano al francés). Ahora bien, la lucha contra la globalización y el libre mercado en aras de la “excepción” era lucha demasiado desigual. Había que darle la vuelta y plantearlo en positivo y con un contenido político más explícito. Así, la excepción da lugar a la diversidad. No se trata de proteger unos bienes y expresiones frágiles, cerradas e indefensas. La diversidad cultural, un concepto inspirado en la ecología, es un bien global. No queremos una protección específica porque somos especiales. Queremos formar parte de un mundo diverso, heterogéneo. Y por tanto debemos garantizar esta diversidad. Un mundo en el que todas

las especies son necesarias porque si falta un eslabón se rompe la cadena trófica, porque todas formamos parte del ecosistema cultural.

Este giro lingüístico que se convierte en giro político también se está dando -aunque lentamente- en la relación entre el mundo del trabajo y el mundo de la cultura o de la creación artística. Partimos de una (auto)consideración elevada del creador o del intérprete artístico. Poseedores de la varita mágica del aura, su reino no es de ese mundo. Este hecho explica cierto distanciamiento elitista, pero también es una de las causas de la precariedad. Como bien señala Remedios Zafra, el entusiasmo por poder dedicarse a una tarea tan especial (a crear o formar parte de una Obra) pasa por encima de las condiciones materiales de vida. Esto, sin olvidar el sesgo de clase que existe entre los profesionales de la creación: sólo en la medida en que tienen unas rentas familiares que les han permitido invertir en tiempo y formación sin necesidad de generar ingresos alcanzan un grado de profesionalización mínimo.

Pero la perspectiva está cambiando. No es aceptable la precariedad en nombre del entusiasmo, ni en nombre de la exquisitez y

la creatividad pueden exigirse unos derechos específicos. Los derechos específicos son exigibles de la especificidad de unas condiciones de trabajo: intermitencia, irregularidad en los ingresos, riesgos concretos, edades de jubilación especiales, etc. Desde esta perspectiva se planteó el Estatuto del artista que parece que ya va entrando en la fase definitiva de cambios y adaptaciones de las leyes correspondientes. Porque, y éste es el punto clave, los trabajadores de la cultura no exigen más derechos que el resto de trabajadores. Pero tampoco estamos dispuestos a tener menos. 





# ¿Qué es cultura, qué entendemos por cultura?

**Xavi Navarro**. Responsable de Estudios y Cultura de FSC-CCOO



¿Qué es cultura, qué entendemos por cultura? Las respuestas pueden ser amplísimas, diversas, e incluso controvertidas pues estas no están exentas de carga ideológica. No intentaré dar una respuesta exhaustiva y profunda, sólo plantear algunos conceptos que tienen que ver con nuestro tiempo y nuestra plural realidad. Cabe señalar que la posición ideológica modula y matiza las respuestas al cuestionamiento inicial.

El término cultura proviene del latín *cultus*, y hace referencia al cultivo del cuerpo humano y de las facultades intelectuales del hombre, pero contextualizando el término, hoy hacemos una definición genérica mucho más amplia y entendemos por cultura aspectos diversos y variados de la actividad humana, una especie de tejido social que abarca las diferentes formas y expresiones de una sociedad: hábitos, modos de vida, lengua, tradiciones, valores, conocimientos...

Cada cultura, por tanto, representa una visión del mundo como respuesta a la realidad que vive cada grupo social. Podemos hablar de tantas culturas como grupos o realidades sociales. Es por tanto algo poliédrico, con diferentes visiones e interpretaciones, todas ellas ligadas a diferentes realidades sociales, económicas, históricas y antropológicas.

Nuestra sociedad tiende a hacer definiciones y determinadas agrupaciones de carácter muy simplista, sin atender a la realidad compleja, fruto de la posición dominante de determinadas posiciones ideológicas. Este es el caso, cuando se habla de cultura de una comunidad, tendiendo a resaltar aquello que es considerado como identitario y obviando el resto de la realidad diversa y compleja.

Siguiendo la afirmación de que cada cultura representa una visión del mundo en relación a la realidad de cada grupo social, es necesario afirmar, por tanto, que no hay grupo social inculto aunque sí puede ser disonante frente a lo dominante.

En una misma sociedad, en función de la ideología dominante (la de la clase dominante), predomina la clasificación de los conceptos de cultura según la clase social, el orden socio-económico. Aunque se ha podido introducir elementos que rompen el monopolio ejercido por las oligarquías más vetustas (educación universal, bibliotecas, temas literarios y creación reconocida con carácter crítico con el orden social), las élites dominantes siguen ejerciendo su dominio con el desarrollo de las culturas de masas que bajo el dominio del neoliberalismo

impone la homogeneización de la cultura y de manera especial en todo lo que afecta al conflicto social.

Lo social, la cultura del mundo del trabajo, de las clases populares, del sindicalismo, ocupa un lugar subordinado, e incluso en algunos espacios ni se la reconoce. Los medios de comunicación construyen una realidad donde lo social no existe, y en muchos casos se desprestigia directa o indirectamente, y en cambio se realzan los valores del capitalismo neoliberal y en algunos casos estos se unen a conceptos identitarios excluyentes en lo colectivo. Nadie está inmune al constante bombardeo de la ideología neoliberal que domina el escenario.

Revertir la situación, disputar la hegemonía es una de las tareas fundamentales del sindicalismo de clase que representan las CCOO. No es tarea fácil, ni está lo suficientemente incorporada en el orden de prioridades de las diferentes organizaciones del sindicato y sus cuadros. Es una carrera de larga distancia en la que ya se han dado algunos interesantes pasos, fundamentalmente en la relación con creadores, actrices y actores, músicos (un grupo amplio y heterogéneo por lo que a disciplinas se refiere y que le hemos denominado mundo de la cultura). En el combate por la hegemonía, la alianza del sindicalismo y con el llamado mundo de la cultura es muy importante en la medida que se visibiliza el mundo del trabajo, del sindicato y se genera opinión y visión crítica de la realidad.

Junto a este importante trabajo, que debe ser mucho más exhaustivo y descentralizado, hemos de desarrollar una

importante actuación impulsando todo el potencial creativo, crítico, social, que se encuentra en el mundo del trabajo, en las capas populares. Debemos explorar diversas fórmulas para desarrollar estas actuaciones, territorialmente y sectorialmente, en secciones sindicales, y sobretodo, éstas, deben ir acompañadas de un ingente trabajo comunicativo tanto en lo interno como al conjunto de la sociedad puesto que no se trata solo de satisfacerse sino de generar dinámicas favorables. Es importante por tanto, que el conjunto de la organización asuma el trabajo cultural como un elemento clave en una organización como la nuestra con un importante componente sociopolítico.

La disputa del poder, el combate por la hegemonía, se configura como algo fundamental en este extenso y complejo campo, pues por mucho que avancemos en lo social y económico, esto se debe acompañar de un cuerpo ideológico y cultural en el que asentarse. ■



# Siguen siendo malos tiempos para la lírica

**Manuel Nicolás.** Sindicalista y músico



En la actualidad existe un gran contraste entre la cultura y el mundo del trabajo, siendo cierto que en nuestro país existió durante la última mitad del siglo XX, una cultura comprometida con los anhelos de libertad, progreso y democracia de la clase trabajadora de nuestro país.

En 1990 Germán Coppini de Golpes Bajos publicaba el tema “Malos Tiempos para la Lírica” que es la perfecta antesala de la nueva hegemonía cultural que estaba por venir. Posteriormente a principios de los 2000 apareció Operación Triunfo haciendo una enmienda a la totalidad de lo que se estaba haciendo anteriormente, que no era precisamente socialismo cultural, pero sí introdujo el gen neoliberal basado en lo inmediato y lo comercialmente rentable.

Volviendo al presente y en plena efervescencia de la generación “Millennials”, con todo lo que ello conlleva; nuevas formas de relacionarse a través de las redes sociales, nuevos gustos culturales y sobre todo una nueva subcultura musical muy relacionada con la sexualización, derivada directamente de una educación sexual por imitación de las “enseñanzas” de la pornografía, y que genera un estrecho margen para grupos que quieran plasmar mensajes que estén relacionados con la

problemática cotidiana de la clase trabajadora. Géneros como el reguetón que contienen en su mayoría de temas letras extremadamente machistas, son los más hegemónicos entre la población más joven y aunque parezca mentira siguen creciendo, mientras que nuestra sociedad actúa de contrapeso reclamando un formato social mucho más igualitario basada en los principios feministas.

Uno de los principales problemas es que la cultura ha abandonado el mundo del trabajador o la reivindicación social en busca nichos de mercados rentables no por iniciativa propia sino más bien como el único camino con ciertas certezas de éxito. Este fenómeno está estrechamente relacionado con la desubicación social de la mayoría de la población de nuestro país, ¿para qué cantar al obrero, si nadie se reconoce como tal?, dejando toda la temática en significantes comunes como son el amor, sexo, etc.

Es muy importante desde el mundo del trabajo generar movimientos culturales basados en la relación entre iguales, que reivindique las necesidades que tenemos como clase y que concluya en corrientes culturales concretas que sirva como vehículo dinamizador entre artistas y sociedad.

Julio Anguita dijo en una entrevista “que los políticos somos hijos de la sociedad que nos pare”, y el mundo de la cultura no puede ser menos. Es más necesario, que nunca, que como trabajadores generemos las condiciones para que la cultura tenga un espacio con perspectiva de clase y viceversa. En un momento histórico tan importante como el actual es más que necesario disputar estos espacios culturales porque de no ser así la ultraderecha vendrá para censurarla o por lo contrario para importar su prototipo de cultura.

Para finalizar me gustaría hacer una petición, y no es otra que apoyar a una cultura alternativa que existe y está muy viva, pero que quizás no tenga el impacto mediático que merecen por contradecir el ideario dominante, y que necesita de un empujón por parte de la sociedad que no se resigna, y que busca alternativas para la relación entre seres humanos. Y no olvidar a los muchos artistas, que siguen comprometidos con nuestra clase y me gustaría acabar con una frase que dijo Noni de los Lori Meyers en una entrevista en Youtube “Vox es una marca de amplificadores y todo lo demás es puro fascismo”. 



# La cultura y lo cotidiano en el mundo del trabajo

**José Iglesias Novillo.** Sindicalista y pintor



Todas las civilizaciones se han formado mediante la actividad de los diversos sectores que integran el ámbito laboral. El trabajo forma parte, y de modo extraordinariamente relevante, de cuanto se ha construido a lo largo de los siglos.

Las diversas culturas, a través de sus diversas manifestaciones, han ido moldeando y haciendo sentir y ver el mundo. También nuestra civilización, con un pasado cristiano, ha ido formando un pensamiento en continua mutación. Actualmente la globalización y un mercado hipercapitalista están afectando a los ciudadanos con problemas ambientales y energéticos, entre otros.

El mundo del trabajo está, por otra parte, ordenado por leyes y reglamentos jurídicos que nos influyen y condicionan al trabajador en un sistema que no conoce libertades más utópicas. Existen, sin embargo, ciertos rayos de libertad que el trabajador puede y debe recibir (el arte, la ciencia, las humanidades) si pretende equilibrar la influencia de los pensamientos dirigidos por el mercado y por un consumo exacerbado al que invitan las nuevas tecnologías y los medios de comunicación. Creo que tenemos que permanecer abiertos a estos rayos si deseamos ser más dichosos y libres.

El constructivismo, por ejemplo, un movimiento estético y artístico desarrollado en tiempos de la revolución rusa, pese a su breve duración, continúa ejerciendo su influencia en la actualidad.

Nuestra marca corporativa, realizada por Rafael Celda en 2009, es considerada excelente por su “potencia movilizadora” y funciona porque “se trata de una marca aparentemente sencilla, pero muy original, e idónea para los soportes habituales de implantación”, según la valoración realizada por José María Cruz Novillo.

Logo de CCOO, ejemplo de la influencia constructivista.

El trabajo se ve, se siente día tras día. La cultura nos moldea y nos hace ver una realidad de las múltiples realidades existentes. 





# Repartirse las migajas

**Patricia Castro.** Economista, escritora



Vivimos en un mundo cada vez más desigual, donde unos pocos lo acaparan todo y deciden el futuro de la gran mayoría de personas, mientras que el resto -esa amplia mayoría- tan solo trata de no dejarse arrastrar por la corriente de precariedad y vida líquida en la que vemos pasar nuestros días. El sentimiento de abatimiento es generalizado, y la impotencia domina nuestras vidas, en este contexto es lógico que la gente busque respuestas y soluciones desesperadamente. Es por ello que estos tiempos extraños, confusos, fragmentarios sean el caldo de cultivo perfecto de fascismos, populismos, nacionalismos, etc. La gente trata de agarrarse a un clavo ardiendo, porque de lo contrario le espera el vacío sideral. Nadie quiere caer, ¿a quién le gusta ser el eterno perdedor?

La cuadratura del círculo no existe, todos aquellos que tengan soluciones inmediatas y magistrales mienten; cuando no se puede distinguir la ciencia de la magia, es alquimia no química. Ni la renta básica, ni el trabajo garantizado, ni la subida o bajada de impuestos van a solucionar unos sistemas del bienestar ruinosos, pero sí es cierto que hay políticas que pueden ayudar a salir de esta y crear esperanza en la gente. Otras, por el contrario, son más de lo mismo: camino de perdición. Richard Sennett, en la década de los 2000 ya lo analizó. Se dio

cuenta del cambio que se había producido en las sociedades occidentales, donde se había implantado una cultura del nuevo capitalismo, donde ya no existía el trabajo estable, ni la posibilidad de un proyecto de vida y familia prospero. La inseguridad había arraigado en los países desarrollados afectando a los vínculos sociales, y estos se habían disuelto en un marasmo de individualidad cortoplacista y desconfianza. Así iniciábamos la primera década del nuevo milenio.

Evidentemente, esta derrota de la sociedad venía de un largo pulso que los ideólogos neoliberales habían estado tomando desde hacía décadas, después de todo, la desigualdad había acabado triunfando y a flexibilización se imponía como modelo de trabajo. Sennett sostiene que estos cambios tan solo fueron promovidos para precarizar a la población, por un lado, y mantener y aumentar los privilegios de las élites económicas. La sociedad occidental se había vuelto más que nunca una selva competitiva, donde los que ganaban se lo llevaban todo y una gran masa de perdedores -las clases trabajadoras- se conformaban con repartirse los restos.

Esta nueva lógica de mercado puso patas arriba la vida de la gente corriente, ya que según los postulados del “nuevo”

capitalismo, el individuo estaba solo, no podía fiarse de nadie, competía con todos sus iguales para ganarse el sustento. Se fue desplazando la cooperación, la confianza mutua, los viejos vínculos de clase, por el individualismo extremo que ha arraigado en los corazones de las personas de occidente. Ya no somos ciudadanos, ya no nos identificamos como trabajadores, sino como embajadores de nosotros mismos, emprendedores de nuestro proyecto vital, sin entender que no puede haber proyecto vital -al menos para la gran mayoría que sufre unas condiciones duras de existencia- sin comunidad y sin los demás. Depender del Estado y la intervención de las políticas públicas también pasó a ser peyorativo, en vez de una forma de crear barrios activos, sociedades fuertes y ciudadanos libres e iguales.

Ya nadie quiere depender de los demás, se considera una vergüenza necesitar algo de alguien, y esto en la práctica cotidiana, mina los fundamentos esenciales de la confianza y el compromiso con los demás. Y sin esta confianza en el prójimo es imposible construir una sociedad sana, buena, que mire por el bien común y tenga un proyecto de futuro. Este sentimiento de desconfianza afecta al ámbito del trabajo, ya que es muy difícil que, en un sistema de turnos flexibles, fragmentados, subcontratados, etc. los trabajadores puedan organizarse y conocerse. Además, no tienen tiempo para compartir condiciones de vida y experiencias vitales, puesto que la mano de obra es flexible y rota muy a menudo. Aquí debemos señalar el papel de los Estados como colaboracionistas de este nuevo régimen de producción y de pobreza generalizada de los trabajadores.

Lejos de olvidarnos del mundo del trabajo, debemos reivindicar su importancia y la centralidad que sigue ocupando en nuestras vidas, aunque los debates estén totalmente desplazados de los ámbitos laborales. Las relaciones de producción actual matan cualquier posibilidad de sentirse realizado con el trabajo, ya que el sistema exprime a los trabajadores sin importar lo que sientan o quieren. Una forma de reconstruir el respeto y la dignidad perdida es reconquistar un trabajo con sentido y acabar con las jornadas extenuantes y horarios infernales. Pretendemos enfrentarnos a la crisis climática, a la extrema derecha, a la implementación de nuevas jornadas de trabajo y al cuestionamiento de la familia, pero a veces se nos olvidan las cosas más esenciales: sin dignidad humana no hay lucha posible. Una buena forma de conseguirlo es mediante aquello que hacemos más y donde más horas, días, meses y años dedicamos: el trabajo.

Merecemos ser algo más que simple carne de cañón sobre la que reposa el mundo, y comenzar por restablecer el sentido del trabajo es un buen primer paso, de esta forma podremos comenzar a respetar a los demás aprendiendo a respetarnos a nosotros mismos.

A los perros se le reparten las migajas, las personas hacemos el pan. 





**CCOO**

**servicios a la ciudadanía**